

PREGÓN FIESTA DE LA GUANCHA

15 DE AGOSTO DE 2019

Juan José Rodríguez González

Muchas gracias por invitarme a la lectura del pregón anunciador de la festividad en honor a la Virgen de la Esperanza de este año, gracias porque para un guanchero esto tiene un gran significado, puesto que la *fiesta* es un acontecimiento guardado en lo más antiguo de nuestras vivencias.

Desde pequeños, aprendimos a través de la tradición oral que el origen de esta festividad está en la petición que los guancheros y guancheras hicieron a la Virgen de La Esperanza para que los socorriera ante los temblores de tierra que se estaban produciendo y, al cesar estos, se comprometieron a celebrar una fiesta en su honor el 18 de enero de cada año. No se conoce la fecha concreta de esta promesa, pero, indudablemente, es muy antigua, ya que en documentos de mitad del siglo XVII ya se habla de ella diciendo... *la fiesta que por voto celebra este pueblo a nuestra Señora...* Podemos aventurar, sin rigor, es verdad, que los temblores de tierra a los que alude la tradición pudieron ser movimientos sísmicos originados por la erupción volcánica del Tahuya en La Palma, en el último tercio del siglo XVI, o la del Tigalate en la primera mitad del XVII.

José Félix Navarro, poeta andaluz, versificó la demanda de aquellos vecinos y vecinas de La Guancha con esta estrofa: *La Guancha de angustia llena / temblando dijo María / de la Esperanza, y su guía / dejó a la tierra serena.*

A esta festividad en honor de la Virgen de la Esperanza de la Fuente de La Guancha, acudían muchos vecinos de Los Realejos, San Juan de la Rambla e Icod. Esta fue una de las razones esgrimidas a mediados del siglo XIX por el ayuntamiento y el párroco para solicitar al Obispo que, dado que en enero el clima dificultaba la llegada de esos devotos y la adecuada celebración de la fiesta, se cambiase para el mes de septiembre. Posteriormente, se trasladó al tercer domingo de agosto.

Se sabe que desde antes de la conversión de la ermita del Santo Nombre de Jesús en Parroquia, en el año 1630, existía ya una imagen de la

Virgen de la Esperanza, lo que significa que la devoción por esta Virgen es muy antigua, sin embargo, no se conoce cuándo se convirtió en patrona, aunque es posible que fuera en el siglo XVIII, o sea, la promesa de la festividad fue hecha mucho antes. Respecto a la imagen actual, no sabemos si es la primera que hubo, pero sí que fue restaurada a mediados del siglo XIX por el famoso escultor de La Orotava Fernando Estévez.

La fiesta de la Virgen o simplemente *la fiesta* significa tanto para los guancheros y guancheras que es una referencia temporal que siempre hemos utilizado - antes de la fiesta, por la fiesta, después de la fiesta – y que nos permite planificar y situar muchos hechos de la vida cotidiana de un año.

Es cierto que las espectaculares transformaciones sociales, económicas, tecnológicas y los acelerados cambios en los valores y costumbres de las últimas décadas han afectado sustancialmente a cómo se viven y sienten estos acontecimientos tan esenciales en otras épocas y cuyas raíces se pierden en el árbol del tiempo. Sin embargo, por debajo de esta superficie tan cambiante, en la que lo de ayer ya no vale para hoy, en la que la información nos abrumba, pero no nos forma, en la que somos más espectadores que actores, sigue discurriendo el impulso ancestral que siempre han tenido las sociedades humanas para las celebraciones colectivas donde afloran la memoria y los sentimientos comunes, renace la esperanza, emergen las tradiciones, se quiebra la monotonía de la vida cotidiana, se unen las personas en torno a un mismo propósito, es una llamada para los que están lejos y para el encuentro familiar. Un pueblo no puede perder sus fiestas, porque estaría perdiendo su pasado, sus referencias, su identidad.

Con el sosiego y la tranquilidad que nos da este tiempo de fiesta que empieza y con la nostalgia de las vivencias viejas, dejemos que por la retina de nuestra memoria desfilen, como destellos, escenas de otras fiestas, de otros tiempos:

El enjalbegado de las paredes; las ventanas abiertas con las cortinas recién lavadas, el duro fregado de pisos y tablados (y en un tiempo, el monótono canto de Gregorio vendiendo su producto: *De enero a enero/lejía el Florero./ Lava la señora,/ ensucia el caballero*); la preparación de la comida especial con el caldo de gallina, el olor al

salmorejo de la carne de conejo y las papas bonitas de Los Altos, redondas, uniformes, bien escogidas, sabrosas; el aroma del café caraqueño tostándose en el tostador de barro; el vestido y los zapatos de la fiesta; el paso de los pantalones cortos a lo largos en los adolescentes y el bautismo como adultos tomando gaseosa en una mesa en el patio de la venta de las Avelinas o en el merendero de Benigno ; el encuentro con familiares a los que no se veía desde hace mucho tiempo; el colorido del enrame cortado y pegado en muchas tardes-noches de bromas y risas; las piñas de almendra y los turrone de Tacoronte, de doña Ángela o de Chicho y sus mantecados (*Helados de vainilla/quita las manchas de la cara/engorda la pantorrilla. Helados de coco/a todo el que lo come/le parece poco*), la compra de la feria para llevar a casa; los ventorrillos, paredes de sábanas, penetrante olor de la carne de cochino en adobo, el caldo de una gallina en huesos de tanto sacarle el jugo; los caballitos del tío vivo, la pequeña noria azul y el sonido de las escamillas de la sencilla ruleta; las parrandas callejeras con sus cantos cubanos, isas, folías o coplas ingenuas y piadosas (*La Virgen de la Esperanza/merece un ramo de flores/de rosas y clavellinas/de jazmines y botones*); el lento girar y girar alrededor del quiosco con el concierto de la Banda y la inconfundible figura de don Juan Luis dirigiéndola; las verbenas, las chicas en derredor y el desfile de los chicos, ¿bailas?, y, muchas veces, el vigía moral de don Segundo en la ventana de la sacristía; la solemnidad de la misa y la procesión, las bandas de San Juan de la Rambla y de Icod; voladores, muchos voladores, ruedas de fuego, el asombro de los fuegos artificiales; y, antiguamente, el juego del palo canario, como en el Beñesmen guanche, realejeros y guancheros enfrentados, juego que muchas veces dejaba de ser juego, variscacillos a diestro y siniestro.

Si miramos hacia atrás, hacia nuestra historia, comprobamos que no contiene tantos hechos relevantes como la de otros pueblos de la comarca, porque la historia de La Guancha es, principalmente, la historia de su vida cotidiana que, aunque con menos trascendencia hacia el exterior, es la verdadera historia de un pueblo, porque es la historia de su gente.

Por ello, les propongo que, durante unos minutos, recorramos juntos, algunos hechos, acontecimientos y vivencias, unos más notables que otros, pero que todos forman parte de los cimientos de lo que ahora somos.

Como sabemos, La Guancha tuvo su cuna en el *Malpaís de Santa Catalina* donde se asentaron los primeros pobladores, entre ellos, aborígenes grancanarios que, después de bautizados y haber adoptado nombres y apellidos castellanos, ayudaron a Alonso Fernández de Lugo en la conquista de Tenerife. Erigieron una ermita en el año 1510 (solo 14 años después de terminada la Conquista) que fue arrasada por el aluvión de 1826.

Actualmente, puede extrañarnos hablar del malpaís de Santa Catalina viendo las fértiles fincas de plátanos y otros cultivos que hay en la costa. Ese malpaís se fue cubriendo en los años cincuenta del siglo pasado por tierra procedente, en gran parte, de los terrenos cercanos al barranco de la Asomada. Un empresario guanchero, Salvador Pérez, trasladó grandes cantidades de tierra primero en un camión de marca Austin que llenaban y descargaban con palas de mano y después, con dos Ford Thames y un Pegaso. Chóferes de estos camiones fueron Agustín el de La Guancha de Abajo, Domingo Soria, Domingullo, que con poco más de quince años ya conducía un camión, lógicamente, sin carnet ni nada, El Rubio, Cipriano y Pepe Colorado. Cuando trajeron la primera pala mecánica, fue un espectáculo en todo el pueblo.

En los repartimientos que hizo Alonso Fernández de Lugo, uno de los aborígenes grancanarios que obtuvo tierras fue Juan Dana que le dio nombre a lo que llamamos *Hoya de Juan Dana* y, recientemente, a *la Travesía de Juan Dana*. Vino después de la Conquista y era hijo de Autindana o Autindara pariente de los guadartemes o guanartemes de Telde y Gáldar que ayudaron a Fernández de Lugo tanto en Gran Canaria como en Tenerife.

Muchos canarios y guanches se asentaron también en la parte alta de esta comarca, en la zona que los primeros conquistadores y colonizadores llamaron *Icod de los Trigos*, como lo atestiguan los nombres de *Los Canarios* y *La Canaria*. Todavía en 1829 (o sea, más de trescientos años después de terminada la Conquista) Alfred Diston, viajero inglés que visitó esta zona, escribió: *Ellos mezclan palabras derivadas del guanche y variantes del habla provincial con aquella lengua (español)*.

Estos primeros pobladores construyeron humildes casas de piedra y barro, madera y tejas. Casas desaparecidas en su totalidad, la más antigua

que se conserva podría ser la llamada *Casa de Nico*, tal vez del siglo XVII, en la calle *Los Graneros*. Desforestaron la laurisilva y comenzaron el penoso y lento trabajo de acondicionar el difícil terreno para el cultivo. Preferentemente, se establecerían en los que algún documento denomina *Llanos de La Asomada* refiriéndose, seguramente, a la mayoría de la superficie donde está asentado el casco del pueblo actual, teniendo en cuenta que el terreno de La Asomada se prolongaría hasta la Fuente, el barranco de Los Palomos era muy estrecho, y hasta La Caldera sin interrupción por los *Llanos del Vínculo*.

Lógicamente, no existía lo que llamamos La Cortada, frente al Taller de Artesanía, que se hizo entre 1949 y primeros años de la década de los cincuenta para la construcción de la carretera hasta Icod el Alto. Estuvo sin asfaltar durante muchos años y sirvió de campo de fútbol a generaciones de niños y jóvenes. Podíamos jugar largos períodos de tiempo sin que pasara un coche y si alguno venía con lo que creíamos en aquel tiempo mucha velocidad, decíamos que *pasó a sesenta por hora*. La densidad del tráfico era tal que cuando Pedro León en 1960 solicitó autorización para instalar una gasolinera, uno de los argumentos de peso que esgrimía para apoyar su petición era que circulaban por allí hasta veintisiete coches por día.

En el barranco de La Asomada, hubo, en los años cuarenta y principio de los cincuenta, un campo de fútbol donde se disputaban partidos con equipos de otros pueblos. Jugadores de aquel tiempo fueron: Arcilio, Manolo Papachor, Lujano, Perico Soto, Ramón el de La Asomada, Mauro, Farrique, Toner, Luis el de La Fuente, Manuel Timitín y muchos más. Un compañero de trabajo de Garachico, José Luis Baute, vino a jugar varias veces y me decía, con sorna, que era un campo pentagonal, o sea, de cinco lados. Yo solo tengo un vago recuerdo de estar en una ocasión con mi padre viendo un partido, sentado en una ladera y, al final, ver a la gente entrando a la venta de Antonio Ravelo que estaba al fondo de un patio. Este campo, cada dos por tres se veía afectado por las aguas que traía el barranco hasta que en una ocasión lo destruyó definitivamente.

Al no haber campo, el fútbol se practicaba en algunas huertas como en la de Liboria, en El Calvario, o la de Aquilino, en La Asomada, donde está actualmente la Escuela Infantil *Fisco Chico*, y se formaban equipos para jugar algún partido en San Juan o en Icod. En los años sesenta, un equipo intervino en una competición en la Ciudad del Drago ganando una

copa. Participaron tres jugadores que después tuvieron relevancia en el fútbol isleño: Javier, Teodoro y Juan José. Mientras, desde las páginas del *Aire Libre* el periodista guanchero *Paladín*, Salvador Pérez, seguía reclamando año tras año un campo de fútbol para La Guancha.

Fue en los años setenta cuando la conjunción de una serie de personas entusiastas y de las autoridades municipales terminaron el campo *Montefrío* y pusieron en marcha los equipos. Mañana, 16 de agosto, se cumplen 44 años de la presentación oficial del Unión Deportiva Guancha jugando un partido con el Rambla. A lo largo de este tiempo, el fútbol en La Guancha ha pasado por distintas etapas, pero sigue cumpliendo su principal objetivo, fomentar este deporte en adultos y niños. Y es de justicia recordar a Peruco, Pedro León, alma mater de aquel gran movimiento que permitió la terminación del campo y la organización de la entidad deportiva y a Andrés, *el zapatero*, que, callada y humildemente, trabajó mucho por el fútbol de La Guancha.

En La Asomada, hay una calle que lleva el nombre de *El Aluvión*, recordando el trágico suceso del que el próximo noviembre se cumplen 193 años. Los vientos huracanados y las fuertes lluvias causaron cincuenta y tres muertos, entre ellos dieciséis niños con edades entre siete meses a trece años y quince jóvenes entre quince y treinta años. Solo cuatro pasaban de los sesenta años. Las víctimas mortales se produjeron en los barrios de El Farrobo, La Asomada y dos, en Santa Catalina. Seguramente, la mayoría de cuerpos no se encontraron, ya que, en la relación de fallecidos que hizo el párroco, en solo cuatro nombres pone “enterrado o enterrada”, y, por los apellidos, parecen de la misma familia. Además, cerca de cien casas fueron arrasadas o quedaron en ruinas, murieron centenares de cabezas de ganado y muchas tierras laborables desaparecieron. Gran parte del barrio de Santa Catalina quedó destruido, incluyendo la primera ermita. Cristóbal y Ruperto Barrios, en su libro “*Crónica de La Guancha a través de su refranero*”, dicen que en 1928, un siglo después, al cavar los cimientos de una casa en el barrio La Caldera, lugar afectado por el aluvión, se encontraron algunos restos, según les relató un testigo presencial.

En La Asomada está también una pequeña calle llamada *El Risco de Las Morenas* donde estuvo hasta hace poco tiempo una casa cuya mitad resistió al aluvión. Se decía que a una parte de la gente que estaba allí refugiada se la llevó el agua y que algunos sobrevivieron colgándose de las

vigas del techo. La tradición oral sitúa aquí el trágico suceso del joven al que arrastraron las aguas y su novia se arrojó a ellas tras él. Una de las coplas que rememoraban este hecho decía:

*Una joven de La Guancha
vio a su novio perecer.
Y no pudiendo salvarlo
se fue a la muerte con él.*

Existe un documento en el que se dice que el cadáver del joven fue encontrado en La Gomera y reconocido por un guanchero que estaba allí.

El pueblo quedó devastado, *miserable, (lastimoso) caserío de La Guancha*, escribió Alfred Diston, el viajero inglés que pasó tres años después por aquí. Nadie les proporcionó alguna protección, solo se habla de la ayuda de una suscripción que hicieron en Londres comerciantes ingleses establecidos en nuestra isla. Seguramente, los hombres que pudieron emigraron y los que se quedaron y las mujeres tuvieron que restablecer lo destruido. Las mujeres continuarían con la fabricación de utensilios alfareros e intensificarían su comercio, especialmente en El Farrobo, porque Arribas y Sánchez que visitó el pueblo a finales del siglo XIX escribió: *En el punto llamado El Farrobo fabrican mucha loza de barro basto que venden con facilidad en los pueblos cercanos. También decía de La Guancha: El pueblo dicen que es muy abundante en aguas sin explotar. Los guancheros se distinguen por su afición al comercio. Trafican en pieles de buey sin curtir, reses y ropa.*

Esta actividad de fabricación de gánigos, tostadores, bernegales, ollas, tiestos, tallas, etc. se prolongó hasta bien entrado el siglo XX cuando los enseres cotidianos ya se fabricaban con otros materiales. Este trabajo lo realizaban esencialmente las mujeres utilizando barro de loza, agua, arena volcánica y almagre. Una vez que le daban la forma con las manos, las alisaban con callados de mar y las quemaban en los hornos. Las vendían en los pueblos cercanos – desde Buenavista al Puerto de la Cruz – donde iban caminando y llevando en la cabeza las cestas llenas de piezas, aunque las de mayores dimensiones y peso las transportaban con animales. En El Farrobo hubo hasta seis hornos, otras versiones hablan de nueve, pero lamentablemente, solo queda algún vestigio. Dos calles recuerdan en el barrio este trabajo artesano: Los Alfareros y Los Hornos.

El agua, trágica en el aluvión, fue una bendición en el año 1941 cuando la galería conocida popularmente como *Los Palomos* alumbró una gran cantidad de agua, una 30.000 pipas diarias, que permitió convertir los terrenos de secano en regadío en aquella terrible década de la posguerra de hambre que, en La Guancha y la comarca, no fue tan aguda gracias a este hecho, hasta tal punto que jóvenes, algunos adolescentes, procedentes de los Altos del Valle de La Orotava, vinieron a vivir con familias de aquí trabajando por la comida y poco más.

En años posteriores, el agua fue aflorando en unas galerías - El Pinalete, Montefrío, El Río, El Frontón - y disminuyendo en otras, hasta que Vergara cortó el acuífero por la parte más alta convirtiéndose en la galería con más caudal de Canarias con unas 2.200 pipas por hora, aproximadamente.

El agua de las galerías nos ha proporcionado grandes beneficios y bienestar, pero no debemos olvidar que en el subsuelo han estado hombres trabajando duramente en precarias condiciones, muchos riesgos y escasos jornales. Así lo sintió el poeta gomero Pedro García Cabrera que en su poema *A La Guancha* dice:

*Pero a veces quedan dentro,
hechos ya noche cerrada,
sin que puedan en sus ojos,
nacer las luces del alba.
El agua que ahora miro*

*son sus piernas amputadas,
los brazos que no volvieron
a destacar en su casa,
y tu mundo de rumores
muñones de sangre blanca*

El agua de Los Palomos tuvo también un efecto colateral muy importante para los habitantes del municipio. Al ir la Comunidad de la galería a devolver el préstamo que había solicitado al Mando Económico para la construcción del canal Guancha – Icod, el Capitán General García Escámez lo cedió al pueblo y las autoridades municipales tuvieron la inteligencia de destinarlo a la construcción de la *Agrupación Escolar Plus Ultra* lo que permitió que La Guancha tuviera, mucho antes que otros pueblos, un colegio con diversas aulas para impartir de forma graduada la educación primaria, elevando en gran medida, la calidad de la enseñanza que recibían los niños. El nombre, *Plus Ultra, Más Allá*, lo propuso don Antonio Morales, un maestro que estuvo muchos años en La Guancha y que no tenía nada de franquista. Y lo digo, porque en ocasiones he oído

opiniones en el sentido de que se debe cambiar este nombre por creerlo con reminiscencia del régimen de la dictadura cuando realmente su origen es muchísimo más antiguo. Además, creo que refleja el propósito de la educación: aprender algo que sirva para aprender otra cosa, siempre ir más allá.

La decisión de aquellas autoridades municipales destinando el dinero del préstamo para la construcción de un colegio está en consonancia con la preocupación que la mayoría de los regidores del pueblo han tenido por la educación. Con toda seguridad, en esta actitud hay mucho de la influencia de doña Ángeles Machado que, en poco más de once años, desde 1921 a 1933, rompió los estrechos muros de su escuela para niñas y extendió su labor educativa a las familias y al pueblo en general, abriendo nuevos horizontes y creando nuevas actitudes e inquietudes que sus alumnas transmitieron a las nuevas generaciones. Cristóbal Barrios, en el año 1971, en el acto de homenaje en el que se le erigió un monumento y se le dio nombre a la plaza donde está ubicado, dijo que la primera piedra para la construcción de la Agrupación Escolar Plus Ultra la puso doña Ángeles, aunque, desgraciadamente, ya no estaba presente.

Hasta la llegada de las carreteras, desde Los Realejos al casco de La Guancha se venía por el Camino Real que partía del Realejo Bajo y seguía por Tigaiga, Icod el Alto, altos de San Juan de la Rambla, Lomo de La Guancha, La Asomada, Calle de Abajo, Cruz de los Claveles, El Calvario, calzada de El Carbón, La Crucillada, La Centinela, La Tabona y así hasta llegar a Buen Paso donde enlazaba con el Camino Real del Norte. Este unía La Laguna con Buenavista y en La Guancha atravesaba Santa Catalina, Calzada de la Yegua, La Montañeta y barranco de Las Ánimas.

Por tanto, la entrada por el Este a la parte alta de La Guancha se producía por La Asomada. Como el municipio pertenecía al partido judicial de La Orotava, en la casa que algunos seguimos llamando *Casa de Nento*, pusieron unas losetas cerámicas en las que decía *Guancha, partido judicial de La Orotava*. Cuando se creó el partido judicial de Icod, La Guancha pasó a formar parte de él; entonces, le quitaron las losetas donde decía *de La Orotava*, seguramente con la intención de poner *de Icod*, pero nunca lo hicieron y durante muchísimos años permanecieron las losetas con la leyenda *Guancha, partido judicial*. Si se dan un paseo por allí, pueden ver aún en la pared las huellas donde estaban dichas losetas.

Todavía perdura en La Asomada, aunque bastante deteriorado, el edificio donde estuvo el *Cine Dorta*. Fue construido a finales de los años cuarenta del pasado siglo por don *Esteban Dorta* que en su juventud viajó por Cuba, Argentina y Estados Unidos. De formación autodidacta publicó tres libros de poesía y artículos de prosa poética en el periódico *La Tarde*. Visto desde hoy puede parecer poco importante la instalación de un cine en el pueblo, pero si nos colocamos en aquella época, oscura en todos los sentidos, con escasos medios para el ocio y la formación, nos daremos cuenta que el *Cine Dorta* representó una ventana abierta a mundos y situaciones diferentes y una forma extraordinaria de evasión de la dura realidad de cada día.

Como era obligatorio en todos los cines de España, primero se proyectaba el NODO con noticias y reportajes dirigidos a enaltecer el régimen franquista. Pero junto a los reportajes de Franco entrando bajo palio a una catedral, inaugurando pantanos o pescando atunes, había otros relacionados con la sociedad, cultura, ciencia y de partidos de fútbol importantes que, aunque aquí llegaban meses después de haberse celebrado, nos permitían ver jugando durante unos segundos a Di Stéfano, Puskas, Gento o Kubala, lo que no era poco. Después venía la película que popularmente solía clasificarse como del oeste, de guerra, de aventuras, de amor. Como las bobinas con la cinta de la película solían ser cuatro, antes del descanso salía en la pantalla un cartel que decía *Cambio de bobina* y, después del descanso, el operador repetía la misma operación. Con cierta frecuencia, se rompía la cinta y, mientras la reparaban, se originaba el correspondiente alboroto. También era notorio el jolgorio y los aplausos cuando los protagonistas se daban un beso, apenas vislumbrado después del tamizado de la censura.

Don Esteban era un hombre de apariencia seria que aguantaba con estoicismo las frecuentes protestas de los asistentes por las razones más peregrinas, pero, al mismo tiempo, tenía un humor algo socarrón. En una ocasión, le estaban acusando de que en el cine había pulgas. Un día, a la salida puso un balde con agua e iba diciendo *Dejen las pulgas aquí, por favor*. Otra vez trajo una adaptación cinematográfica de *Aída*, la ópera de Verdi. El escándalo que se montó fue monumental; me imagino que yo también sería de los alborotadores. Creo que no terminó de proyectarse

toda la película y, al salir, mirando con desolación aquella masa amorfa que pasaba ante él, le oí decir: *pueblo de ignorantes*.

La instalación de un cine en La Guancha en aquel año de 1949 desde un punto de vista empresarial tal vez no fue un acierto, pero sí produjo indudables beneficios culturales y recreativos en la monótona y dura vida de los habitantes de toda la comarca.

Más tarde, en la década de los sesenta, *Orange el del cine* instaló el *Cine Echeyde* en la calle Domingo Hernández que estuvo activo unos quince años hasta que la expansión de la televisión hizo desaparecer poco a poco los cines de los pueblos.

En este álbum de la historia cotidiana que estamos hojeando, miremos esta estampa donde se ven varias mujeres con haces, *jaces*, de pinocha a la cabeza. Entre la cabeza y el haz llevan un envoltorio redondo de tela llamado *rodilla*. Se han levantado muy temprano, han ido a una zona del monte donde saben que hay abundante pinocha, *pinocho* decimos por aquí, la han ido reuniendo en un montón, han puesto la sogá, han rodeado la manada de pinocha con varillas de *troviscas*, torviscas, de palos secos o de jaras, y la han apretado. Después se han ayudado a cargarse el haz en la cabeza y han partido camino abajo. En determinados lugares que ya conocen, donde el terreno, a modo de pared, les permite poner el *jace* a la altura de la cabeza, los *descansaderos*, hacen un alto, beben agua, comen algo, bromean y ríen. Se cargan el haz acercando la cabeza con la *rodilla* a la pared y continúan la marcha hacia el pueblo. *Emelina la de La Asomada* me dijo que ella *solo* cargaba poco más de cuarenta kilos porque tenía problemas en el cuello.

Son las *pinocheras*, mujeres que se dedicaban a bajar la pinocha del monte cargando los haces en la cabeza hasta sus casas para la *cama* de los animales o para venderla o, cuando se extendió el cultivo del plátano y la utilizaban como abono o para empaquetar la fruta, la llevaban hasta la costa. Más tarde, cuando se instalaron cerca de la carretera Guancha-Icod unos puntos de recogida, las *pesas*, las pinocheras llevaban allí su carga, se la pesaban y le pagaban. Los dueños de las *pesas* vendían después la pinocha para las fincas y empaquetados de plátanos.

En la costa se desarrolló una pequeña zona platanera que sí podía utilizar las ventajas de la carretera para la comercialización de sus

productos porque, aclaremos el error que cometemos cuando decimos que La Guancha estuvo incomunicada por carretera hasta el año 1931. No es cierto, la carretera general del norte llegó a San Juan de la Rambla en 1886 y, pocos años después, a Icod de los Vinos. Por tanto, Santa Catalina sí estuvo comunicada por carretera desde esas fechas lo que no le sucedió a la parte alta del pueblo hasta 1931 cuando se terminó la carretera Icod-La Guancha.

Solo algunos propietarios de terrenos en La Guancha pertenecían a las antiguas familias nobles de la isla, y en una proporción muchísimo menor que en otras lugares de la comarca. El más importante era el Marqués de Celada que, en una época, tuvo mucha influencia con quienes ostentaban el poder en el municipio. No en vano, hasta la década de los años ochenta del pasado siglo, la calle que ahora se llama don Juan Luis Reyes ostentaba el nombre de Marqués de Celada. Significativamente, era la calle donde estaba el Ayuntamiento.

A esta familia de los Benítez de Lugo, le fue autorizado en 1914 el establecimiento de un pescante en el Puerto Marrero y la construcción de un camino de servicio para el embarque de toda clase de mercancías, a pesar de que ya para la comercialización de sus productos se podía utilizar la carretera. Ellos fueron quienes pusieron en marcha la mayor explotación platanera del municipio en la finca de Los Alcaravanes, aunque, al parecer fue la Casa Fyffes, que la arrendó en 1914, quien la desarrolló mejor.

Los primeros pobladores cultivaban trigo, centeno, cebada, viña, lino y hacían miel que, junto con la crianza de cerdos, cabras y vacas, constituían los recursos básicos de su alimentación. Para asegurar el abastecimiento de la población en épocas de escasez, se crearon los *pósitos* o *alhóndigas* que eran algo así como graneros públicos de reserva.

Sabemos que el primer cultivo de papas en Europa lo hizo en Icod el Alto, a mitad del siglo XVII, Juan Bautista de Castro que había traído la semilla de Perú. Rápidamente este cultivo se extendió, apareciendo a lo largo de los años distintas variedades.

En La Guancha, las *papas bonitas* fueron muy importantes en una larga época de economía de subsistencia por su exquisito sabor y porque se podían consumir en buenas condiciones durante varios meses. En torno a

ellas, se generó una serie de usos y costumbres con sus normas implícitas que podemos decir que existía una *cultura de las papas bonitas*.

En primer lugar, estaba el orgullo de la calidad. Las mejores eran las cultivadas desde Icod el Alto a La Guancha, aproximadamente en la zona llamada antiguamente *Icod de los Trigos*. A las que se sembraban en los altos de Los Realejos, Icod o el Tanque se las minusvaloraba porque no eran tan *buenas de comer*, aunque se iba a esos lugares, especialmente a Las Llanadas, con mulos, burros o yeguas cargados con dos sacos de papas para cambiar la semilla y así renovarla.

Una de figuras más curiosas en torno a las papas bonitas era la del *rebuscador*, o sea, la persona que iba detrás, después que se recogían las papas, revolviendo la tierra con la azada para coger aquellas que habían quedado enterradas. Esta era una costumbre muy antigua que practicaban en los campos de La Guancha, sobre todo, personas de los altos de Icod. No siempre era por motivos de pobreza, sino porque por allí este cultivo no se daba bien y era una manera de hacerse con las papas bonitas del año. Se cuenta que, por lo menos a finales del siglo XIX y principios del XX, muchos emigrantes a Cuba hacían coincidir su estancia en sus casas de aquí con la época de la recogida de las papas bonitas para hacer el *rebusco*. Después de nuestra terrible Guerra Civil, especialmente en las décadas de los cuarenta y cincuenta, sí se hacía por auténtica necesidad, por el hambre que consumía a tanta gente.

Cuando se iba a cavar las papas, se llegaba al campo muy temprano para aprovechar la *fresca*. Venían los cavadores con sus azadas, las mujeres encargadas de recoger las papas en cestas, los niños que ya podían ayudar y las bestias de carga. Unos eran de la familia, otros que ayudaban y el resto, contratados por un jornal. Una vez que se empezaba a cavar, una mujer, la más experimentada y de la confianza del dueño, iba cogiendo las papas que servirían de semilla para la próxima cosecha: tamaño mediano, redondas, sin deformaciones. Le seguían las que cogían las papas grandes, las de guisar. Después, las de potaje y, por último, las menudas o murgas. A estas últimas se les solía encargar a los niños o a los adolescentes que, si eran chicos, se sentían ofendidos porque el recoger las papas era cosa de mujeres.

Además del rebuscador, acostumbraban a visitar los campos donde se estaba cavando las papas bonitas los representantes de las Cofradías de la Parroquia - Santísimo, Virgen de la Esperanza y Ánimas – que pedían un donativo. Las papas obtenidas al final de la temporada de recolección se repartían en dos, una mitad para el encargado de recorrer los terrenos y la otra, para los gastos de la cofradía. Solo recuerdo a Domingo, el de la calle Nueva, al que cariñosamente llamaban *Huevo Blanco*, pidiendo para la Cofradía de las Ánimas.

El rebuscador llegaba al terreno antes de que comenzaran a cavar y llevaba una azada y un saco o bolso que colgaba de la cintura para recoger las papas que iba sacando y que, después, depositaba en otro saco.

Primero, le pedía *el rebusco* al dueño del terreno. Si nadie lo había solicitado antes, se le concedía en exclusiva y ya sabía que tenía unos derechos y unas obligaciones que no constaban en ningún sitio, pero que todos conocían y aceptaban. Una norma muy estricta era que el rebuscador no debía tener relación familiar ni de amistad con quienes iban a coger las papas para evitar que estos las dejaran enterradas y él las sacase después. Entre sus obligaciones estaban la de ir a buscar leña para guisar las papas de la comida y traer desde alguna fuente cercana el agua que se consumía durante el día. Entre sus derechos, además de extraer las papas que encontraba, participaba en la comida, se tomaba los *buchitos* de vino que se iba repartiendo a lo largo del día, muchas veces con un solo vaso, intervenía en las conversaciones, bromas y chanzas como uno más, sin ningún tipo de discriminación. Al final de la jornada, generalmente, el dueño le daba media o una cesta de papas, una *comida*, se decía, sobre todo, cuando la destreza de los cavadores había hecho que el rebusco fuera escaso.

Sin embargo, no siempre fue así. Contaba el siempre recordado Pepe Cañada con ese peculiar humor y gracia de La Guancha de Abajo que aplicaba ante cualquier situación, aunque fuera dramática, que una vez, tenía once o doce años, él era hijo de una de tantas *madres viudas* con el marido en Venezuela, estaba rebuscando en un terreno y había cumplido las obligaciones de traer el agua y la leña. El hambre le hacía estar más pendiente del humo que salía del fuego y del olor de las papas y el pescado salado que de remover la tierra. *Horita* me llaman, se decía esperanzado. Pero no fue así, se sentaron en el suelo alrededor del mantel y comenzaron

a comer. La desesperación fue tan grande que cogió unas pocas de papas, salió corriendo, medio las asó y casi crudas se las comió. Decía Pepe que el castigo de la madre fue peor que el hambre.

Algunos rebuscadores eran acogidos en casas de La Guancha donde dormían, comían con la familia e iban dejando las papas que iban obteniendo y, al final, las trasladaban en animales a sus domicilios.

Esta hospitalidad era frecuente, incluso, con gentes de paso que iban o venían del sur con sus mulos o yeguas y se quedaban en las casas, muchas veces dormían en el pajero, cenaban y de madrugada se marchaban. Tengo vagos recuerdos de hombres con abrigo y sombrero en la cocina de leña de mi casa contando anécdotas e historias de otros lugares y otros tiempos que me fascinaban.

En las labores agrícolas, especialmente en la recolección de las papas bonitas, se ayudaban unos a otros con el trabajo y llevando sus animales para transportar la cosecha desde El Chupadero, Chafariz, La Canaria, La Cabezada...., hasta los graneros de las casas. Recuerdo que en mi casa este intercambio se daba, principalmente, con Juanito el de doña Rosa, mi tío José Lomito y Benigno, el albardero.

La llegada del turismo en la década de los años sesenta con la consiguiente necesidad de mano de obra para la construcción y hostelería hizo que la dedicación a la agricultura descendiera drásticamente y muchas de estas costumbres fueron decayendo.

En los años setenta y ochenta se produjo el fenómeno de las *obras comunitarias* que despertó en La Guancha una corriente de ayuda mutua y de aunar esfuerzos para resolver las carencias y déficit que existían en las vías de comunicación, urbanas y agrícolas, y en las instalaciones de riego. No solo se solucionaban los problemas, sino que se generó un ambiente de colaboración y participación que quienes intervinieron, de una manera u otra, trabajando directamente, aportando dinero, cediendo propiedades, buscando financiación, lo siguen recordando con orgullo. Este fenómeno fue de tal magnitud que las repercusiones materiales y humanas para el pueblo fueron notables.

Las corrientes de participación en los pueblos son fundamentales para el desarrollo de la sociedad y deberían ser estimuladas por los

gobernantes que, en demasiadas ocasiones, suelen mirarlas con recelo dada la tendencia natural del poder a evitar aquello que le haga sombra y no pueda controlar. Históricamente, la participación ciudadana en La Guancha ha producido obras y hechos importantes. Aquí están, la Banda de Música con sus noventa y cinco años de vida, llena de vitalidad y empuje; el Centro Cultural Unión y Fraternidad que en sus 86 años tuvo largas épocas de esplendor cultural y recreativo; el baloncesto que, partiendo de la nada hace casi cincuenta años, ha conseguido, relevándose las generaciones, alcanzar un nivel que causa admiración en toda la isla; el fútbol que desde aquel gran impulso que capitaneó Peruco ha pasado por distintas etapas, pero sigue fomentando la práctica de este deporte en niños y adultos; los distintos grupos folclóricos como *Abruncos*, con sus más de treinta años de continua actividad, y *El Perenquén*; las asociaciones de vecinos de Santo Domingo y Santa Catalina, *La Costa* y *Puerta Quemada*, que hacen labores culturales y de concienciación vecinal. Además, hay algo especialmente significativo, digno de resaltar, son las asociaciones de solidaridad y ayuda a los demás como *Guancheros amigos de los pueblos*, *Gambia Sonríe*, *Fundación Carlos Salvador* y *Beatriz* que realizan su labor no solo entre nosotros sino también en lugares tan necesitados como algunos países de América y África.

Esta actitud de participación, ayuda y tolerancia no debe perderse en La Guancha. Las diferencias en las ideologías y creencias son algo accidental; lo importante, lo esencial como seres humanos está en el respeto hacia lo diferente y la colaboración con los demás.

Hace unos días contribuí a cerrar una puerta que un grupo de jóvenes entusiastas e ilusionados abrieron en 1933, plasmando simbólicamente sus deseos e ilusiones en un escudo para su bandera con dos manos unidas y estrechadas, signo de unión y fraternidad y un libro abierto, emblema de la cultura. Pensé en ellos y en tantas personas que a lo largo de ochenta y seis años lucharon en silencio, de forma desinteresada, regalando su tiempo y su trabajo, exponiendo sus intereses particulares, incluso los económicos, para que el Centro Cultural Unión y Fraternidad, sin olvidar su función recreativa, fuera un foco cultural que durante décadas despertó admiración en todo Tenerife. Sus locales acogieron a ilustres conferenciantes, compañías insulares y nacionales de teatro, bandas, orquestas, grupos musicales, importantes pintores. En ellos se celebraron debates políticos y

sociales, nacieron y se desarrollaron grupos de música, de teatro y de pintura, ciclos de cines y hasta cursos de cultura general y bachillerato. Su labor contribuyó decisivamente durante un largo período al desarrollo del pueblo.

Mientras votaba la cesión de las instalaciones al Ayuntamiento, pensaba en ellos y me sentía culpable, como si estuviera cometiendo una traición al esfuerzo, ilusión y trabajo de tantas personas durante tantos años, como si me estuviera traicionando a mí mismo. Pero el viento de los tiempos barre todo lo que no se adapte a su empuje. Solo espero y deseo que la nueva puerta que se abra sea para bien de todos los habitantes de La Guancha.

El poeta José Félix Navarro escribió *La Guancha, -¡qué limpia suerte!-, / tiene nombre de mujer*. Y en el escudo reza la leyenda *Nombre te dieron agua y mujer*.

La mujer en La Guancha, como en tantas sociedades, ha tenido un papel fundamental a pesar de la desigualdad de derechos, legales y sociales, con los hombres. Pienso en aquellas que después del aluvión con la tragedia de los muertos y desaparecidos, sin casas, sin animales, sin tierras tuvieron que luchar para sobrevivir mientras gran parte de los hombres emigraba hacia Cuba; pienso en todas las que a lo largo de los años tuvieron que trabajar el campo, cuidar la casa, tejer, calar, bordar, moldear el barro, criar y educar a los hijos. Pienso en las que tuvieron que esperar años y años la vuelta del marido emigrante. Pienso en las que tuvieron que abandonar a disgusto muy tempranamente la escuela para atender la casa; pienso en las que, a pesar de todo, mantuvieron la fuerza y la inquietud, a costa de renunciar a una vida propia, para transmitir a sus hijos las ansias de superación, la búsqueda de una vida mejor; pienso en mi madre.

La fiesta se nutre de tradiciones ancestrales y genera tradiciones nuevas como la Bajada de las Hayas o el escenario de la plaza que cada año despierta expectación por el tema que elige y plasma con tanto acierto nuestro artista Jesús Pérez. Después de *Los cereales, El vino, La antigua Plaza, Las fiestas tradicionales, La artesanía, La alfarería, El mar y los pescadores, Las galerías de agua, La Guancha de los setenta, Las Fiestas*, y así hasta diecinueve escenarios, este año ha optado por la leyenda de la

fuelle de la guancha, la leyenda de la que deriva el nombre de nuestro pueblo.

Sabemos que las leyendas son narraciones que, por una parte, se refieren a personas o acontecimientos que pudieron tener una base real y, por otra, son creaciones fantásticas que modifican la auténtica realidad.

Esta última parte, la fantástica, la imaginada, es terreno abonado para que los poetas, escritores u otros artistas pongan en marcha su creatividad con poemas, narraciones, pinturas, canciones,... Nuestra leyenda no lo es menos y son muchos, de La Guancha y de otros lugares, los que han tratado en sus obras el episodio de los soldados que sorprenden a la bella guancha llenando su gánigo en la fuente, el enamoramiento del capitán, la huida de la joven, la inútil búsqueda por los bosques de laurisilva y los barrancos cercanos y la resignación del capitán que, al no encontrarla, decide bautizar el lugar como Fuente de La Guancha.

Guiados por la imaginación de poetas y escritores, viajemos por las brumas de la leyenda de la fuente de la guancha:

Cristóbal Barrios aventuró el camino que pudieron seguir los conquistadores hasta llegar a la fuente.

...en los últimos años del siglo XV o primeros del XVI, un grupo de soldados del conquistador don Alonso Fernández de Lugo, al mando de un capitán, partieron de El Real instalado en el actual municipio de Los Realejos; ascendieron por la laderas de Tigaiga; atravesaron los campos de lo que es hoy barrio de Icod el Alto, zona alta de San Juan de la Rambla por las actuales Tierras de Mesa, Las Rosas...y llegaron a la campiña donde se encuentra circunscrito el casco urbano de La Guancha.

Hipólito Sinforiano relató cómo imaginaba la llegada de los conquistadores a la fuente.

Al llegar los conquistadores al barranco que hoy divide la jurisdicción guanchera de la Rambla, el Capitán de una compañía de exploradores sorprendió a una hermosa aborígen de rubia y ondulada cabellera, ojos de dulce mirar y mejillas de rosa, que muy ajena a los sucesos llenaba tranquilamente su cántaro en la clara linfa de un manantial rodeado de zarzales y barbuzanos.

En su *Romancero guanche* Diego Crosa, *Crosita*, incluso le pone nombre al capitán de la leyenda.

*...Es una tibia y hermosa
mañana primaveral
y a la fuente se dirige
con su tropa un capitán:
el gentil y valeroso
don Gonzalo de Alcaraz*

En el periódico de las Ferias 1988, intenté recrear el dramático ambiente de la leyenda.

Un revuelo de pájaros sacude el aire confiado. Voces extrañas confunden al eco y calzados desconocidos hieren la tierra. Los ojos se nublan, círculos concéntricos de gritos angustiados salen del agua, corren por los campos, penetran en las cuevas y un silencio fúnebre envuelve los miedos.

Esteban González Quintero refleja la angustia de aquellos momentos.

*Se oyó un grito entre los pinos
un clamor de manantial
una voz entre los barrancos
desde la cumbre hasta el mar*

José Félix Navarro canta al amor surgido y a la pena del caballero.

*Fuente de La Guancha hermosa
donde el amor fue torrente,
Secreto de flor ausente
con luz de luna y candil.
Por limpio cielo de añil,
entre el verdor escondida,
la voz de una pena herida
te busca mil veces mil.*

Félix Duarte imagina un final trágico de la guancha en su huida para salvar su libertad.

*Inútilmente la busca
el capitán. ¿Cómo hallarla,
si antes prefirió la muerte
en una fuga cercana,
que, en extranjeras coyundas
vivir, siendo libre, esclava?*

Y González Quintero le atribuye otro destino, igual de cruel, para la joven guancha.

*La guancha del noble guanche
Del guanche que vio llorar
a la hembra deshonrada
de pureza y libertad.*

También la muerte de la guancha es el fatídico final para José Félix Navarro.

*La Guancha, -¡qué limpia suerte!-,
tiene nombre de mujer.
Y más no pudo tener
que por su amor terco y fuerte
tu amor la llevó a la muerte.*

En *Leyendas canarias*, Félix Duarte idealiza el momento en que se adopta el nombre para el pueblo que acaba de nacer.

Es preciso darle a la naciente población un nombre con el cual debe ser conocida. Surgen varios, entre los que se honran en ser sus fundadores; pero una voz rotunda, sonora, halagüeña, vibra con acento triunfal: ¡La fuente de La Guancha!

Leoncio Rodríguez relata en *Estampas tinerfeñas* la impresión que le produjo la leyenda de la Fuente de La Guancha.

Cuando cruzábamos luego la montaña, camino otra vez del pinar, parecía en realidad que el pequeño chorro de la fuente se quebraba en el “gánigo” roto de la desaparecida doncella del cuento.

Pero, ¿cuánto tiene de real nuestra leyenda?, ¿qué hecho ocurrió verdaderamente y sobre el que se construyó este relato? Lamentablemente, la desaparición de los documentos de la Alhóndiga en el incendio de 1888 nos ha impedido tener más datos sobre la fundación de La Guancha.

Lo que sí sabemos con certeza es que el nombre de Fuente de La Guancha se establece muy pronto, puesto que aparece ya en documentos de finales del siglo XV. Por tanto, el suceso al que alude la leyenda seguramente tuvo lugar en los últimos tiempos de la Conquista.

Recordemos que en 1496 oficialmente se dio por terminada la conquista de Tenerife. Sin embargo, en los menceyatos de Icode y Daute continuó la resistencia de los aborígenes desde las partes altas de la isla donde se refugiaron. Se les dio el nombre de *Alzados*. Fernández de Lugo encargó a Jorge Grimón, soldado mercenario que había luchado en la conquista de Granada, y que llegó a la isla provisto, entre otras, con armas de fuego, que sometiera a los rebeldes.

Vencida la resistencia de los guanches en la subida de Tigaiga, hubo otra batalla en los *Llanos de Icoden*. La ubicación del lugar donde se produjo este enfrentamiento lo conocemos gracias al trabajo de la investigadora guanchera Cristobalina Mesa León que en 1999 publicó un trabajo titulado *Matanza de guanches en el menceyato de Ycoden* en el que concluye que *La Matanza* era el nombre de una montaña situada en el municipio de San Juan de la Rambla, cerca del actual parque recreativo de la Tahona, la conocida también como Hoya del Reventón. En la memoria de los más mayores se conservaba el término de *Hoya de la Matanza*. En este lugar pudo ser donde Jorge Grimón y sus soldados se enfrentaron a los guanches, muriendo muchos de estos.

Los *guanches alzados* se fueron incorporando paulatinamente a la nueva sociedad, pero mantuvieron y transmitieron oralmente a sus descendientes aspectos de las costumbres y tradiciones de sus antepasados.

En el extraordinario trabajo realizado por Carmen Nieves Luis García partiendo de la familia de Los Alzados, asentada en Icod el Alto, Altos de San Juan de la Rambla y La Guancha, *La Música Tradicional en Icod de los Trigos. Tiempo de juegos, rezos y entretenimientos*, recoge como en la memoria colectiva quedaron grabadas las persecuciones a los guanches por parte de Grimón y sus hombres. En este sentido, la familia de Los Alzados transmitió oralmente a través de los años una versión de la Fuente de La Guancha en la que don Adolfo González Pérez recordaba que sus abuelos le decían que a los guanches donde los veían los mataban y que una guancha que estaba escondida en el monte venía al oscurecer a buscar agua a una fuente en una talla. *Allí la agarraron y la mataron y por eso la llaman la Fuente de la Guancha*, relataba don Adolfo, que rememoraba como iba con su abuela y sus tías a coger agua y a lavar en esa fuente y ellas le decían: *aquí mataron una guancha*.

Este podría ser el eslabón histórico sobre el que se asienta la leyenda. Cruel como tantos hechos humanos de ayer, de hoy y, desgraciadamente, de mañana. El tiempo iría dulcificando el hecho real, a la muerte se le agregó el amor, por el interés de los nuevos habitantes y porque, tal como hacemos cotidianamente, necesitamos seguir viviendo a pesar del dolor.

Por eso, nosotros, los guancheros y las guancheras, seguiremos cantando con el eco antiguo de nuestras parrandas,

*En la fuente de la guancha
un caballero español
que vino en son de conquista
el amor lo conquistó*

Y con Fernando Garcíarramos, en esta fiesta que deseo sea muy feliz para todos y todas ustedes, cantemos su balada

*Quisiera vivir los sueños
de la noble guancha eterna.
Con la fuente rumorosa
Quisiera soñar, quisiera....*

Fuentes bibliográficas

BARRIOS RODRÍGUEZ, C. y BARRIOS DOMÍNGUEZ, R., *Crónica de La Guancha a través de su refranero*, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1988.

BARRIOS RODRÍGUEZ, C., *Cuadernos inéditos sobre La Guancha*.

CROSA, CROSITA, D., *Romancero guanche*

DUARTE, F., *Leyendas canarias*, Edirca, 1981

ESPINOSA DE LOS MONTEROS Y MOAS, E. y GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, E., *Historia de la Fuente de La Guancha*, Illmo. Ayuntamiento de La Guancha, 2005.

FALCÓN LUIS, J.A. *Genealogía e historia del apellido Falcón en Santa Catalina (La Guancha) y San Juan de la Rambla*, 2016

GARCÍA CABRERA, P., *Vuelta a la isla, Caja General de Ahorros, 1968*

GONZÁLEZ MARRERO, J.A., *Conferencia: Los Ara una familia de origen prehispánico en el Valle de Taoro (1500-1600)*, Web de la Sociedad de Estudios Genealógicos y Heráldicos de Canarias, 2013.

HERNÁNDEZ CASTILLA, J.M. *Los aborígenes de Gran Canaria en Tenerife*, Editorial Academia Española, 2017.

LUIS GARCÍA, C.N., *La música tradicional en Icod de los Trigos. Tiempo de juegos, rezos y entretenimientos, Volumen I*. Asociación Cultural Los Alzados, 2011

MESA LEÓN, C., *Matanza de guanches en el menceyato de Ycoden*, Ycoden, Revista de Ciencias y Humanidades, nº3, 1999

MORALES MORALES, A., *Geografía médica del término municipal de La Guancha*, Santa Cruz de Tenerife, 1980.

PÉREZ PÉREZ, S., *La Banda en la Vida. Crónica de 90 años de la Banda de Música de La Guancha (1924-2014)*, Patronato de Música XVIII de Enero de La Guancha, 2013.

RODRÍGUEZ ACEVEDO, J.M. *Caciquismo y cuestión agraria en Tenerife (1890-1936), Capítulo 6: La propiedad de la tierra en el noroeste* Idea Ediciones, 2009

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.J. *Datos inéditos sobre La Guancha*.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.J., y PÉREZ PÉREZ, S. *La Guancha: Escudo, Bandera y Pendón*, Ayuntamiento de La Guancha, 1997.

VARIOS, *Ángeles Machado, maestra ejemplar*, Santa Cruz de Tenerife, 1979.

VARIOS, *Centro Cultural Unión y Fraternidad, 50 aniversario*, 1983

VARIOS, *La Guancha, Ahora, números 1 al 5*.

VARIOS, *Periódicos de las Fiestas de La Guancha, años 1986, 1987, 1988*.

Fuentes orales

TESTIMONIOS ORALES de diversas personas del pueblo.